

Ramón M^a Moreno

Jiménez S.J.

**Pablo de Tarso
y su Teología**

DEDICO ESTE ESTUDIO CON TODO CARIÑO
A MARÍA LA VIRGEN MADRE DE JESÚS EN
CUYO SENO SE ENCARNÓ EL HIJO DE DIOS
PARA REALIZAR LA SALVACIÓN DEL
GÉNERO HUMANO.

Con las debidas licencias

MÁLAGA 15 de Agosto del año 2012. Fiesta
de la Asunción de la Virgen María.

©PABLO DE TARSO Y SU TEOLOGÍA (2ª edición)

©Ramón María Moreno Jiménez S.J

ISBN papel 978-84-686-3289-6

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L.

Registro Propiedad Intelectual 1302194618412

CONTENIDO:

Presentación.....	5
PABLO DE TARSO.....	9
TEOLOGIA DE PABLO.....	19
Tema I. La misión del Apóstol.....	25
Tema II. El hombre y el mundo en estado de perdición.....	29
Tema III. El acontecimiento de la Salvación.....	35
Tema IV. Muerte y Resurrección de Cristo.....	39
Tema V. Los agentes de la Salvación.	45
Tema VI. Frutos de la Muerte y Resurrección de Cristo.....	61
Tema VII. Respuesta del hombre.....	95
Tema VIII. La Iglesia en Pablo.....	113
Tema IX. La vida según el Espíritu....	131
Tema X. Escatología: “esperando la revelación de la Gloria”	145
BIBLIOGRAFIA.....	161

Ramón María Moreno Jiménez S. J., (1928)
Doctor en Sagrada Teología
Alumno Titular de la Escuela Francesa
Bíblica y Arqueológica de Jerusalén

PRESENTACIÓN

El presente texto de PABLO DE TARSO Y SU TEOLOGÍA ha sido compuesto con el fin de ayudar a los estudiantes del Instituto Superior de Teología de Asunción (Paraguay) en el seguimiento de la materia: **TEOLOGIA DEL NUEVO TESTAMENTO.**

Esta materia figura en el Programa de dicho Instituto y, a mi parecer, con mucho acierto, pues el estudio de la Teología Dogmática resultaría incompleto sin el aporte de una investigación directa sobre los mismos escritores (hagiógrafos) de los libros Bíblicos, en este caso del Nuevo Testamento.

Éstos fueron ya verdaderos teólogos, pues no se limitaron a una exposición aséptica del mensaje de Jesús, sino que, con la inspiración divina, aportaron su propia reflexión motivada, no sólo por el contenido del mensaje, sino también por las necesidades de las comunidades a las que dirigían sus escritos.

Esto también se puede decir con toda razón de los autores de los Evangelios, especialmente del Evangelio de Juan, pero, sobre todo, de los escritos de Pablo, el Apóstol de los Gentiles, que tuvo la misión providencial de adaptar el mensaje de Jesús a los pueblos no judíos, a los gentiles.

El estudio de su Teología nos parece indispensable para entender la novedad del cristianismo, que tiene su raíz indiscutible en las Escrituras Sagradas de Israel, pero que aporta a éstas algo nuevo que llamamos Nueva Alianza (Nuevo Testamento).

Este estudio de la Teología de Pablo nos puede acercar, en la era del ecumenismo, a católicos y protestantes, ya que Pablo fue el autor que más inspiró a Lutero en su reforma. El estudio de su teología nos puede servir a todos los cristianos para encontrarnos unidos en el centro del mensaje de Jesús.

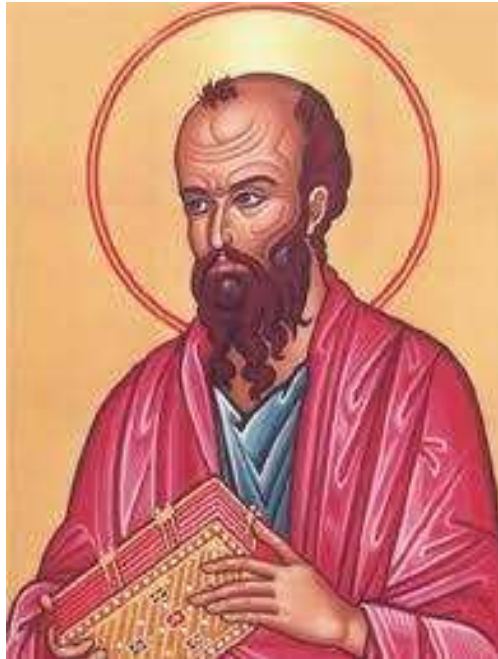
El presente texto está concebido como un instrumento de trabajo para extraer de las cartas de Pablo su mensaje teológico. Supone el conocimiento previo de estas cartas y del libro de los Hechos de los Apóstoles en los capítulos que versan sobre Pablo.

He de reconocer que una gran parte del material del presente texto está extractado de los apuntes tomados en las clases de Teología Paulina impartidas por el profesor Antonio Rodríguez Carmona de la Facultad de Teología de Granada (España). Clases que seguí con mucho interés en un

reciente “año sabático” tenido en dicha Facultad.

He procurado adaptar todo ello a los alumnos del Aula Bíblica del Centro Pastoral “Pedro Arrupe” que funciona en la residencia de la Compañía de Jesús de Málaga.

PABLO DE TARSO



Este judío, nacido en la ciudad griega de Tarso, fue el genial escritor que presentó la Persona y el Mensaje de Jesús de Nazaret al mundo greco-romano de Occidente.

En dirección contraria a Alejandro Magno, llevó desde el Oriente al Occidente una nueva civilización, la civilización cristiana, que tuvo sus orígenes, hace dos mil años, en la provincia palestina de Galilea con la predicación del profeta Jesús de Nazaret, reconocido por sus seguidores judíos como el Mesías anunciado y esperado por el Pueblo de Israel.

El nombre judío de Pablo era Saulo y pertenecía a la secta de los fariseos. Fanático por las tradiciones de su pueblo, (era de la tribu judía de Benjamín), estudió apasionadamente y practicó la Ley de Moisés, superando en esta tarea a muchos de sus contemporáneos. Llevado de este celo por la Ley, persiguió duramente a la secta del galileo Jesús, que, en su línea más extremista (los llamados cristianos “helenistas”), negaba el valor del Templo de Jerusalén, la Ley y la Circuncisión para hacerse justos ante Dios.

Cuando caminaba hacia la ciudad de Damasco con la delegación de las autoridades religiosas judías para encarcelar a los seguidores de esta secta, tuvo una “revelación” (como él dice) en la que descubrió que ese Jesús, a cuyos seguidores perseguía, no había sido un farsante y blasfemo, que hubiera merecido la pena de muerte en cruz, sino el Hijo de Dios constituido en gloria como Señor y Mesías. Esta “visión” le dio a su vida un giro de 180 grados. Siguió su camino a Damasco, pero no para encarcelar a los discípulos de Jesús, sino para ser “bautizado” en su Nombre y formar así parte de la misma secta que perseguía.

Tan grande fue la conmoción espiritual sufrida en su espíritu que se retiró al desierto de Arabia durante tres años para repensar allí todas sus convicciones religiosas y encajar en ellas el papel central de Jesús en todo el plan de

salvación revelado por Dios a su pueblo Israel. De este “retiro” salió hecho un convencido seguidor de Jesús, a quien presentó ante sus antiguos correligionarios judíos como el Mesías e Hijo de Dios, ocasionándole esto de parte de aquellos una terrible persecución.

También fue mirado como sospechoso por parte de los discípulos del Nazareno, a quienes antes perseguía. No obstante, volvió a Jerusalén para entrevistarse con los jefes principales de aquella comunidad cristiana, Cefas (Pedro) y Santiago, y contrastar con ellos sus nuevas convicciones a cerca de Jesús y sus discípulos.

Después de unos quince días que duró la entrevista, se retiró a su tierra natal de Tarso donde vivió en solitario dedicado con toda seguridad a la reflexión y también a la predicación durante un largo tiempo

del que no nos informan, ni el Libro de los Hechos de los Apóstoles, ni sus Cartas.

Después de este tiempo, según el Libro de los Hechos (11, 25-26), lo vemos en la ciudad de Antioquía, capital de Siria, donde había surgido una fervorosa comunidad de discípulos de Jesús, compuesta no sólo por judíos, sino también por griegos. Allí se les había comenzado a dar el título de “cristianos”. Fue presentado a la comunidad por Bernabé, delegado de los Apóstoles de Jerusalén, que pensó en Pablo como un líder ideal de esta comunidad.

Acogido con agrado por estos primeros “cristianos”, fue incluido en el número de los “profetas” de su comunidad y elegido, junto con Bernabé, para la primera misión de éstos entre los pueblos paganos. Esta misión, según el Libro de los Hechos de los Apóstoles, tuvo un gran éxito y dejó establecidas nuevas comunidades de

“cristianos” por las ciudades de Asia Menor.

Éstos eran, en casi su totalidad, griegos, es decir, no judíos. Pablo tuvo la intuición de no exigirles el rito de la circuncisión judía para entrar a formar parte de la comunidad que en el futuro sería llamada la Iglesia Cristiana. Les bastaba la fe en Jesús como Mesías e Hijo de Dios y el Bautismo en su nombre para ser considerados cristianos con todo derecho.

Esta medida fue muy discutida por los cristianos de origen judío. Pensaban muchos de ellos, que a los nuevos convertidos se les debía someter no sólo al rito de la Circuncisión, sino también a todas las demás prácticas de la Ley de Moisés.

Para debatir este punto fue convocado en Jerusalén el primer Concilio de la Iglesia, en el que participaron los principales Apóstoles de la primera

comunidad cristiana, Pedro, Juan y Santiago, que escucharon complacidos las narraciones de Pablo y Bernabé sobre su misión entre los no judíos. El mismo Pablo cuenta en una de sus cartas que, los llamados “columnas” de la Iglesia, Pedro, Juan y Santiago (carta a los Gálatas 2, 9), aprobaron su conducta respecto a la no circuncisión de los griegos hechos cristianos y le dieron la misión de llevar el mensaje de Jesús entre los pueblos no judíos (ver carta a los Gálatas 2, 9).

Con esta autorización, Pablo inició su gran misión no sólo por tierras de Asia Menor, sino también por Grecia y Acay, acompañado, ya no por Bernabé, con quien había tenido ciertas disensiones, sino por otros cristianos: Silas y Timoteo. En esta gran misión dejó establecidas comunidades cristianas en las ciudades más importantes de la región: Filipos, Tesalónica, Corinto y Éfeso.

Entre ellas organizó una importante colecta para ayudar a los hermanos “pobres” de Jerusalén. Con ello cumplía una orden que le impusieron en el concilio de Jerusalén: “no olvidar a los pobres” (Gálatas 2, 10), y hacía patente la unión de toda la Iglesia cristiana compuesta de judíos y griegos.

Según el Libro de los Hechos de los Apóstoles (21, 27-36), cuando se encontraba en Jerusalén, fue víctima de un motín de los judíos que lo querían asesinar. Le salvó la intervención de la guardia romana, que vigilaba el Templo y se hizo cargo de él. Fue trasladado a la corte del gobernador romano en Cesarea y allí permaneció cautivo durante dos años, siendo investigado sobre las acusaciones que presentaban contra él los judíos.

Como Pablo gozaba del título de “ciudadano romano”, apeló al César para ser juzgado en su tribunal de Roma. Allá fue

conducido como prisionero en un largo y peligroso viaje del que nos informa el Libro de los Hechos de los Apóstoles (capítulos 27 y 28). Este libro, atribuido a uno de sus discípulos, Lucas, concluye su narración dejándonos a Pablo en Roma sometido a una prisión que no le impedía predicar a Jesús entre los judíos de la ciudad.

Por testimonios de la tradición cristiana, en concreto por la Carta de San Clemente, Obispo de Roma, a los Corintios, sabemos que, después de un probable viaje al Occidente (España), murió en Roma víctima de la persecución de Nerón junto con Pedro.

Pablo es la personalidad mejor conocida del primitivo cristianismo. De él nos quedan siete cartas, cuya autenticidad nadie discute (I Tesalonicenses, Gálatas, 1 y 2 Corintios, Filipenses, Filemón y Romanos), más otras seis atribuidas a él (I y 2 Timoteo, Tito, Efesios, Colosenses y 2

Tesalonicenses), pero probablemente escritas por sus discípulos. Además contamos con el Libro de los Hechos de los Apóstoles, que nos da importantes informaciones sobre su vida.

Para conocer su mensaje y teología nos ceñiremos principalmente a sus cartas auténticas, ya que ellas nos ofrecen el pensamiento genuino de Pablo, sin interferencias de otras manos, que hayan completado o aplicado a otras circunstancias el mensaje del llamado Apóstol de los Paganos. Pero también usaremos las cartas a los Efesios y Colosenses, que, aunque, según la mayoría de los autores, no habrían salido de la mano del mismo Pablo, sin embargo, presentan sus mismas líneas de pensamiento teológico y en ellas late su genuino espíritu.

LA TEOLOGÍA DE SAN PABLO

Con toda razón nos dice Rudolf Bultmann: “En la comprensión de Pablo se decide la comprensión del cristianismo primitivo” (*Zur Geschichte der Paulus-Forschung*: ThR NF (1929) 27, 29). Podemos decir, con toda seguridad, que Pablo es el primer teólogo del Nuevo Testamento, porque sus escritos auténticos son los documentos más antiguos que conservamos del cristianismo primitivo, pero también porque, a nuestro parecer, es el primero que reflexiona teológicamente sobre la realidad y alcance salvador de la Persona de Jesús y su obra.

No conoció a Jesús “carnalmente”, como él confiesa en una de sus cartas (2 Corintios 5, 16), es decir, no entró en

contacto con Él y sus discípulos, cuando el Nazareno predicaba tanto en Jerusalén como en Galilea. Menos nos consta que él hubiera estado presente cuando Jesús fue condenado por las autoridades religiosas y fue crucificado. Su contacto con Jesús sólo tuvo lugar cuando le fue otorgada la “revelación” del mismo, camino de Damasco, como él nos narra en sus Cartas (Gálatas 1, 16).

En su primera carta a los Corintios, hablando de las apariciones de Jesús resucitado a Pedro y los demás apóstoles, él nos dice: “por último se me apareció también a mí” (I Corintios 15, 8), aunque añade: “como un aborto”, por haber perseguido a la Iglesia. Cuando él trataba de defender sus derechos a ser considerado Apóstol, exclamaba: “¿Acaso no vi yo al Señor?”... (1 Corintios 9,1).

Todo su pensamiento sobre Jesús parte de aquella “visión” de Cristo

resucitado cuando iba a perseguir a sus discípulos. De aquí elaboró su Teología tan fecunda y discutida en su tiempo, de tal modo que el teólogo Käsemann puede decir con todo derecho: “Sin duda en la historia de la Iglesia, uno de los hombres más significativos y con seguridad, ya en el cristianismo primitivo, el más discutido, fue Pablo” (*Paulus und der Frökatholicismus*: ZThK (1963) 87). Fue “un signo que muchos contradijeron” (Karl Barth, *Erklärung des Philipperbriefs*, 1928, 21).

Sin embargo, la Iglesia conservó sus Cartas en el Canon del Nuevo Testamento y con ello, según ciertos autores, conservó su “crisis”, es decir, su Teología original y desafiante a otros pensadores cristianos no tan genios como él. El tiempo posterior tan sólo ha podido hacer una adaptación de la figura desafiante del genuino Saulo de Tarso. Las cartas pastorales, Primera y Segunda a Timoteo y la dirigida a Tito, así

como el Libro de los Hechos de los Apóstoles, “suavizaron” la vida y el pensamiento de Pablo para que fuese aceptado sin dificultad por la Iglesia. Podemos decir según el teólogo Schmidt que “El destino de Pablo, a lo largo de la historia, ha sido el estar “soterrado”. Sin embargo, de vez en cuando, en el paso de los siglos, se oye la voz del soterrado y ciertamente siempre, cuando el mundo está ardiendo” (*Der Apostol Paúles und die antike Welt* (1927) 41).

Esto se dio en el caso de San Agustín, cuya teología tan radical a cerca de la Gracia se debe a un descubrimiento de Pablo y lo mismo podemos decir de Martín Lutero cuando inició la Reforma Protestante.

La teología de Pablo no es un producto artificial de laboratorio, aparece más bien en el marco de su predicación como teología que se está haciendo y no

puede abstraerse, por tanto, de su contexto “coloquial” como elemento de una conversación mantenida cara a cara o mediante sus cartas dirigidas a sus comunidades en medio del ajetreo de cada día en su vida de misionero itinerante.

No se puede separar del que habla y de sus experiencias, pero tampoco del oyente, de sus múltiples circunstancias y situaciones conflictivas. Nunca se trata del “arte por el arte”, sino de algo que está bajo el signo de las preguntas, los frentes y motivaciones concretas de sus interlocutores. Su teología es la expresión de su visión original del “Evangelio de Jesús Cristo”, vivido por él desde el momento en que se le reveló el Resucitado, cuando iba precisamente en persecución de sus primeros discípulos. Pasamos ahora a exponer los temas principales de su pensamiento teológico tal como podemos deducirlo de sus Cartas principales.

TEMA I. LA MISIÓN DEL APÓSTOL

Pablo hace valer su independencia respecto de los demás apóstoles llamados antes que él. Acentúa que tiene el mismo rango que ellos, porque él, al igual que ellos, ha sido llamado directamente por Jesús: “Pablo, apóstol no de parte de los hombres ni por medio de hombre alguno, sino por medio de Jesús Cristo y de Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos” (Gálatas 1, 1).

La llamada de Dios ha irrumpido inesperadamente en su vida como un regalo libre de parte de Dios, lo mismo que ocurrió con los profetas de Israel: Jeremías, Isaías, etc. Lo mismo que a estos hombres, la vocación le dio a Pablo una tarea, que

desde ese momento absorbió toda su vida. Pablo la define en la palabra: "EVANGELIZAR": "No me envió Cristo a bautizar sino a evangelizar..." (I Corintios 1, 17). El Evangelio, para Pablo, es la historia de lo que Dios hizo por el hombre en Jesús Cristo, la acción de Dios en favor del hombre en el acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesús.

Pablo se sintió invadido por la urgencia de esta misión: anunciar a todos los pueblos la "buena noticia" de lo que Dios había realizado en Jesús Cristo, rompiendo las barreras que existían entre los judíos y los gentiles.

Desde que fue enviado como misionero por la comunidad de Antioquía, su vida fue un caminar continuo por tierra y por mar para encender todo el mundo conocido, en esta llama en la que él se consumía: **Anunciar la Buena Noticia de Jesús**, sobre todo a los pueblos no judíos y,

por eso, quería consumir su carrera hasta los extremos conocidos de Occidente, que entonces se consideraban las tierras de España.

Hasta allí quiso llegar y así se lo comunicó a los cristianos de Roma en la carta que les escribió para preparar su camino hasta la península Ibérica (Romanos, 15, 24). El Evangelio se debe al universo entero. La acción de Dios en Cristo ha sucedido para el bien de todos los hombres. El Evangelio quedaría insoportablemente “**acortado**”, si no tuviera a todo hombre por destinatario y si no se anunciase en todas las partes del mundo. Pablo se siente prisionero del mundo entero no redimido.

Se trataba de la intervención de Dios en favor de todo el mundo y había que anunciárselo a todos los hombres de la tierra.

En el Concilio de Jerusalén se dividieron los Apóstoles el campo de misión y, mientras a Pedro se le confió la evangelización de los judíos, los circuncisos, a Pablo se le confió la misión de anunciar el Evangelio a todos los pueblos no judíos. Por eso se le ha llamado con todo derecho: el **Apóstol de los Gentiles (los no judíos)**.

TEMA II.

EL HOMBRE Y EL MUNDO EN ESTADO DE PERDICIÓN.

Con mucha razón nos dice G. Bornkamm: “para Pablo no hay predicación posible del Evangelio sin que el hombre comprenda su situación desesperada, sin salida, y la impotencia de toda ley para llevarle a la libertad” (*Pablo de Tarso. Sígueme* 1991 p. 172). Por esta razón, comienza Pablo la gran exposición de su Evangelio, que es la Carta a los Romanos, con dos capítulos que pudiéramos llamar “trágicos”, (Romanos 1, 18-2, 29), dedicados a exponer la situación de perdición tanto de gentiles como judíos que despierta la “ira” de Dios.

A los gentiles les echa en cara que son inexcusables al no darle a Dios el culto merecido, ya que lo pueden conocer a través de las “cosas visibles” y, como consecuencia de esto, les pone al vivo el estado de corrupción al que han llegado en su conducta sexual y social, que les acarrearán la condenación ante el tribunal del mismo Dios.

A los judíos, del mismo modo, les hace ver su inconsecuencia culpable, ya que conociendo la Ley de Dios, no la cumplían y, por esto, son causa de que el nombre de Dios sea blasfemado entre los gentiles. “Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios” (Romanos 3,24), es la consecuencia que saca Pablo del análisis de la realidad de la situación del hombre, tal y como aparece en su existencia concreta. De esta situación trágica no le puede salvar la Ley de Dios grabada en las conciencias de todos los hombres y en las Tablas del